

GIRI Recensión del libro «Lluvia de fango» de Maite Pagazaurtundúa

Resumen:

La obra de Maite Pagazaurtundúa «Lluvia de fango» sirve para hacer una reflexión sobre el papel de las víctimas en su lucha contra el terrorismo. La clave de esta no es solo el arresto de los terroristas sino, ante todo, la superación de la narrativa que estos plantean y que justifica su violencia. Para ello, es imprescindible la recuperación social y humana de las víctimas, de sus rostros. Esto, además de un acto de justicia constituye una severa condena a las narrativas a las que sirve o ha servido el terrorismo. Las víctimas avergüenzan ahora a las ideas que las victimizaron y las deslegitiman, pero hay que evitar una instrumentación que las cosifique nuevamente.

Abstract:

Maite Pagazaurtundúa's work «Mud rain» is useful to think about the role of victims in the fight against terrorism. The key to this is not only about arresting terrorists but about overcoming the narrative that serves its violence. It is essential the human and social recovery of the victims. The crimes committed against them, their objectification, if we are able to take them back as human beings and not as mere symbols, is a severe condemnation of the ideas supported by terrorism.

Palabras clave:

Terrorismo, Maite Pagazaurtundúa, lluvia de fango, narrativa.

Keywords:

Terrorism, Maite Pagazaurtundúa, «Mud rain», narrative.

*Brilla radiante el sol la primavera
los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo.
Que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!
José de Espronceda, Canto a Teresa.*

Cuenta Kurasawa, un director de cine de estirpe samurái, en su clásico «47 ronin» una historia real acaecida hacia 1700, el incidente Ako, la historia-leyenda de los vasallos de Asano, señor feudal maltratado por un poderoso maestro de ceremonias por negarse a pagar un soborno y al que hiere en un altercado. Como resultado es condenado mientras aquel no sufre castigo alguno.

Los vasallos consideran injusto lo sucedido al no haberse castigado al maestro de ceremonias y 47 de ellos deciden buscar no ya la justicia sino el reequilibrio, la restitución del orden natural de las cosas, el retorno a la armonía (*wa*) personal y social, el *giri*, un valor tradicional japonés. No se trata, ni mucho menos, de una venganza, de odio, sino de lealtad, de devoción, de integridad, de congruencia.

Para ello aguardan años mientras prepararan el momento. Cumplido su designio, todos menos uno son condenados y afrontan la muerte de su propia mano. A ese uno las autoridades le permiten vivir para que cuente tan ejemplar historia; esta es todo un ideal ético: los valores de una organización, de una sociedad, nunca son los que se predicán sino los que se practican. Y ellos son un ejemplo para todo un pueblo, entonces y ahora. Por eso una película como esa, al poco de la Segunda Guerra Mundial, difícilmente puede ser casual.

La cuestión es que este relato admite esta lectura y aun la opuesta, entre otras. Depende, por ejemplo, de donde se sitúen las referencias o en qué se ponga el acento. Otra película japonesa Rashomon también del maestro Kurasawa, ambientada en el siglo XII narra el asesinato de un samurái a través de cuatro testimonios: el del asesino del samurái, el de la esposa del samurái, el del samurái mismo (el cual habla a través de una médium) y el de un leñador que fue testigo del hecho. Elegir la verdad es, sencillamente, elegir la narración.

En fin, el terrorismo es también relato, una narrativa sangrienta, hecha en torno a actos. Es más, si la guerra es básicamente un acto de comunicación que incorpora un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política que se escenifica mediante un cierto derramamiento de sangre. A la contra la violencia forma parte del

terrorismo, pero el terrorismo no es solo violencia; de hecho, la violencia no es lo más importante del terrorismo, sino el discurso al que este sirve o cuya promoción busca.

El terrorismo dosifica y modula la violencia atacando los nodos de la sociedad con vistas a su desestabilización y a propiciar su transformación en base al imaginario discursivo que propone.

Las narraciones son así esenciales; una forma de interpretar el mundo que se permite explicar el futuro utilizando el pasado si bien, lo que suele suceder, es que reescriben el pasado en nombre del futuro pretendido. La narración es la parte espiritual de la violencia, una selección de hechos que recrea una mirada al mundo, una lectura siempre sesgada que escoge las fuentes y las referencias de las que nutrirse. Y puede prosperar con perseverancia.

La narración dota al juicio y a la violencia de sentido y dirección, su continuidad y permanencia se justifican como el para qué de la violencia haciendo qué debate, mensaje y causa se encuentren interrelacionados. Las narrativas no describen la realidad sino que la crean, generando un espacio ético que hace posible la violencia. El centro de gravedad de la lucha contra la violencia se encuentra así no entre sus actores, sino en la narración a la que pertenece y sin la cual los atentados pierden su sentido y dirección. Sin narrativa la violencia se transforma en un fenómeno irracional y ditirámico.

La violencia terrorista es pues un teatro en permanente búsqueda de público, que sirve para poner luz sobre algunos debates y en el que las víctimas son cosificadas en pro de los objetos y símbolos a los que se ataca. Mato a uno de los Padres de la Constitución como forma de expresar mi rechazo a esta; y a un militar para escenificar el fin de una «tregua». Con todo, ni el militar ni el jurista cuentan gran cosa, son seres sin rostro, sombras de lo humano, medios para alcanzar un fin, formas de protesta, mero plomo para sus balas políticas, munición inerte.

La fe «entendida de forma fanática justificará en los violentos la insensibilidad sobre el dolor humano de las víctimas [...] es un proceso de distorsión cognitiva y pensamiento disfuncional conseguido sobre la propaganda y el sentimentalismo político». Desaparece todo tipo de empatía y alteridad.

Pensar se encuentra así desestimulado en beneficio de dogmas y consignas a las que es posiblemente asirse para liberarse de cualquier responsabilidad ética y poder

continuar viviendo como gente respetable. «Los buenos no nos dan pausa» que dirá Maite Pagazaurtundúa. Las mentes quedan colonizadas.

Y es que, el terrorismo trata de trascender a las víctimas, de construir sobre ellas intentando no ya hurtarles su identidad sino extrañarlas, convertirlas en objetos útiles al relato mientras intenta evitar por todos los medios que se aborde su condición de seres humanos. Las víctimas, cumplida su misión de espectáculo, deben desaparecer, tornarse invisibles. Su muerte no debe ser solo física sino también social. Es ejecución, es simultáneamente muerte, justicia y culpa. Y su entorno debe además soportar la vergüenza, el estigma, la infamia. Es la única manera de excusar el crimen y blanquear la memoria.

Peor aún, a veces se ha pretendido el que las víctimas tengan con todo la obligación de perdonar, negándoles el derecho a no hacerlo y hasta culpabilizándolas en ese supuesto; y eso, a quienes ni siquiera se han disculpado por los males ocasionado. No obstante, en el perdón, en la comprensión, pueden blanquearse nuevamente las ideas al librarse de la carga de los crímenes cometidos en su nombre.

En este marco el lenguaje se emplea para deshumanizar a las víctimas, movilizar a las masas para destruirlas y negar la masacre; el descarrío de las palabras, ligado al desarrollo burocrático y tecnocrático, permite entonces neutralizar los sentimientos de culpabilidad de los ejecutores. La terminología orwelliana transforma la realidad, la crea, por medio de la conmoción, permitiendo que esta se deslice posibilitando el negacionismo. «La colaboración con el mal comienza aceptando palabras [...] la inmunización del sistema de dominación, la tolerancia con demasiadas cosas intolerables». Poco a poco.

A los judíos a los que, al comienzo de su persecución, se les prohibía sentarse en algunos bancos de algunos parques, les era lícito acudir a otros. La proscripción parecía tonta, pero fue el origen de todo y una forma de tomar el pulso a la sociedad e iniciar simultáneamente el proceso que conducía a su definitivo extrañamiento.

El lenguaje se utiliza así para confundir a los enemigos, reunir y motivar a los amigos y ganar el apoyo de los espectadores vacilantes. Todo es cuestión de palabras. Con ellas se nos introduce poco a poco, sus mitos y también, peor aún, sus reglas que se ven paulatinamente naturalizadas hasta el punto de «hacer perder a miles de personas el

pulso sutil e imperceptible que alumbraba la conciencia como una brújula para indicar el mal».

Como Steffan Zweig nos recuerda, «no cierne su vuelo Niké sobre una cerviz humillada». Es pues imprescindible dotar a las víctimas de rostro, hacerlas visibles de nuevo; dispensarlas de una dimensión humana las trae de vuelta del pasado, del limbo en el que la culpabilización terrorista las ha situado. Preservar la memoria, dignificar a las víctimas es acusar al criminal. La muerte del justo, del inocente, como dice el eclesiástico, condenará eternamente la causa en cuyo nombre se ejecutó. Las víctimas condenan a los falsos jueces y a los injustos verdugos.

El ser humano es una realidad integral y no cabe un deslinde entre fines y medios, ni siquiera como ejercicio intelectual; la muerte no es recuperable y la responsabilidad no es reversible. El fin no justifica los medios sino, al contrario, son los medios utilizados los que justifican o no, los fines. Los medios condenan los fines. A medios impuros corresponden fines igualmente impuros. Verdugos y reos no son lo mismo.

Al final, la violencia simbólica acaba por teñir de sangre sus propios símbolos. El discurso de las partes no puede ser equiparado no solo porque es un riesgo inaceptable sino porque resulta una imperdonable e injusta deslegitimación de la propia causa y hasta de la democracia como concepto; la legitimidad de la paz, su marco ideológico, es la justicia. Por tanto, y teniendo en cuenta que, a quien lo ha dado todo, nada más le resulta exigible, recuperar a las víctimas resulta capital en esta lucha, además de justo y humanamente necesario. Ello es poner los hechos en valor, es no dar alas a la imaginación, es no excusar lo que resulta de por sí inexcusable. Ellas son la incontrovertible realidad, una realidad que intentan soslayar y que hay que obligarles a afrontar. Su sangre clama desde lo hondo.

Esto es precisamente lo que pretende la obra de Maite Pagazaurtundúa, una mujer de la estirpe de los Macabeos; Pagaza, que ha sido presidenta de la Fundación de Víctimas del Terrorismo entre 2005 y 2012, como Oishi Yoshio, el chambelán de Asano, lideró ejemplarmente a la Fundación en la búsqueda de un reequilibrio que pasa por el desmontaje de la narrativa y el sinsentido de la muerte de sus seres queridos, contribuyendo desde su posición a que, sin buscar ningún tipo de revancha por muy legítima que esta pueda ser, su relato sea condenado. La lucha contra la violencia es

una lucha entre narrativas que es imprescindible ganar. A fin de cuentas el terrorismo es una narrativa sangrienta. El campo de batalla coincide con su objetivo: la población.

El libro es una selección de sus propios artículos prologado por Fernando Aramburu y presentado por Fabián Rodríguez. El trabajo está centrado en los últimos 13 años de lucha contra el terrorismo; en él detalla sus vivencias y sensaciones ante los hitos de la lucha, lo que la convierten en un importante testigo, en una referencia, de momentos claves de esta.

Su *leit motiv* es la denuncia de una situación injusta, un maltrato permanente solo posible como resultado del amedrentamiento de toda una sociedad a la que se ha obligado a guarda silencio mientras se daba carta de naturaleza a lo que era y es, a todas luces, anómalo e injusto; pero también de frases inacabadas pronunciadas en contextos sobradamente conocidos donde es fácil rellenar los huecos, «toda una gramática de la palabra y el silencio».

Siempre es más cómodo estar con el poderoso, acudir en socorro del más fuerte. Así por ejemplo, Fukuyama relata el caso de un carnicero que colgaba en su tienda el letrero «prohibida la entrada a perros y judíos» con el que escenificaba su adhesión «voluntaria» al régimen, a la narrativa dominante, se declaraba miembro de la comunidad, se identificaba con sus fines y pedía, de paso, a sus conciudadanos que compraran en el local. El problema del terrorismo a la mayoría no le «impide una vida cotidiana feliz». Y esa misma mayoría, anestesiada, se muestra siempre dispuesta a pasar página para poder continuar con su felicidad; la sangre de otro es siempre barata. Con todo, «el número de malhechores no autoriza el crimen».

Queda claro que la violencia no es inútil; por eso está prohibida, sino la utilizaríamos todos para todo y la sociedad se disolvería. Puede ser equivocada, errónea según el plazo de tiempo que se considere, pero no resulta adecuado considerarla inútil siempre. Es útil para quien la utiliza pues la violencia es una forma de comunicación, profundamente mediática en una sociedad posmoderna, posheroica que rechaza las ideas de muerte. Es más, tomar la vida de alguien para uno mismo puede ser imagen de firmeza de convicciones en la propia causa.

Maite Pagazaurtundúa se enfrentó a los maltratadores desde hace mucho; ellos nunca son gente lejana, siempre acabas por descubrir cuando miras con atención a alguno de tus «vecinos». Precisamente, esta palabra está en el título de dos de los artículos de la colección que se nos presenta y que narra el también hecho histórico, de cómo la mitad

de un pueblo polaco masacró impunemente a la otra mitad, de ascendencia judía, aprovechando para ello la ocupación nazi, con la que se repartió los despojos. En fin, el enemigo siempre está donde debe, dentro cuando no al lado.

Hoy es más fácil enfrentarse al mal porque otros, como ella, ya lo han hecho antes y en el sitio; ahora los muros han caído y el terrorismo de ETA es objeto de universal condena. Eran pocos cuando tocaba y precisamente para esos pocos están dedicados los versos de Shakespeare pronunciados por boca de Enrique V en Agincourt el día de San Crispín y Crispiniano.

«Cuantos menos hombres seamos, mayor será nuestra porción de honor...

Este día es la fiesta de Crispiniano:

El que sobreviva a este día y vuelva sano a casa,
Se pondrá de puntillas cuando se nombre este día,
Y se enorgullecerá ante el nombre de Crispiniano.

El que sobreviva a este día, y llegue a una edad avanzada,
Agasajará a sus vecinos en la víspera de la fiesta,
Y dirá: "Mañana es San Crispiniano".

Entonces se alzará la manga y mostrará sus cicatrices
Y dirá, "Esta heridas recibí el día de Crispín".

Los viejos olvidan: y todo se olvidará,
Pero él recordará con ventaja

Qué hazañas realizó en ese día: entonces recordará nuestros nombres...

Se recordarán como si fuera ayer entre sus jarras llenas.

El buen hombre contará esta historia a su hijo;
Y nunca pasará Crispín Crispiniano,
Desde este día hasta el fin del mundo,

Sin que nosotros seamos recordados con él;

Nosotros pocos, nosotros felizmente pocos, nosotros, una banda de hermanos;

Porque el que hoy derrame su sangre conmigo

Será mi hermano; por vil que sea,

Este día ennoblecerá su condición:

Y los gentileshombres que están ahora en la cama en Inglaterra

Se considerarán malditos por no haber estado aquí,

Y tendrán su virilidad en poco cuando hable alguno

Que luchara con nosotros el día de San Crispín».

Ese día ya pasó. Es más, ya han pasado muchos años desde entonces. Los, en otra hora, más poderosos y fornidos gudarís son ahora panzudos licoreros en Chichirivite (Venezuela) —Ángeles Escrivá *dixit*— aunque también pudiera ser que lo fueran siempre y el matar a otros fuera lo único que les permitía pretender ser algo distinto, mejorando a través del crimen y la negación del otro su propia autoestima. Peor aún, era su capacidad de tomar la vida de gente honesta, de quitárselo todo, lo que les ponía en valor; droga dura. Sin ellos, sin sus muertos, vuelven a su oficio en la licorería de donde, en realidad, nunca salieron.

La verdad es que la lógica del terrorismo genera dinámicas que conducen a sus protagonistas a lugares que a la postre, cuando la razón y el tiempo acaban por alcanzarles, se toman absurdos obligándoles de paso a afrontar la realidad de su condición. «El maldito carifeña», al decir de don Mendo, es ahora sin duda el principal responsable de su proceder. No disparaban ellos, o al menos eso dicen algunos, sino la Historia de la que eran meros agentes.

Se lamentan como hace el ejecutor público en la célebre *Canción del Verdugo*, de Espronceda, aunque ni siquiera son tal cosa; no obstante, implícitamente transfieren su responsabilidad al conjunto del grupo social con el que se identifican. Este que, como mucho, lamentaba pero no condenaba, siempre trata de liberarse de ellos y de su adeudo:

«De los hombres lanzado al desprecio,
de su crimen la víctima fui,
y se evitan de odiarse a sí mismos,
fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador;
y se dijeron
“Que nuestra vergüenza común caiga en él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel,
su escudo con armas de eterno baldón
sean la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad”

¡Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron,
y mi llanto y mi voz escucharon
sin piedad!».

Son pues verdugos pagados en negro y repudiados por su sociedad. En esta lógica, el fango moral que nos describe Pagaza es lo que abruptamente queda a la vista en bajamar escorada, cuando las aguas de la imaginación se retiran y muestran la realidad que hasta entonces mantenían presa, contenida por emociones, silencios y disimulos; un fango pestilente y salpicado de restos varios. Ni los más bienintencionados discursos performativos —se cumplen por el solo hecho de enunciarse— pueden cambiar esta realidad o disimularla. Es lo que queda del terrorismo como hecho social. Y la «socialización del dolor» es algo a lo que han jugado tanto ETA como el Daesh o al Qaeda.

Las víctimas padecen el mismo suplicio que Sísifo; y reproducen eternamente su castigo. Por eso, el gran drama de las víctimas es, como dijera Camus, que aburren; esa es una pena adicional a la propia de su extrañamiento social. Las víctimas no son invitadas a ninguna fiesta. Y tampoco están para ellas. Su conducta es siempre extraña; nadie entiende que si las víctimas no lo son para siempre, sí lo son para mucho tiempo. Su situación está para quedarse, no es feliz y aburre; es melancolía.

Pagaza se mueve por la Historia de lo acontecido desde 2003, por los avatares de la vida política relacionada con el terrorismo mientras desgrana sus experiencias y extrae enseñanzas en artículos escritos en tiempo real, ideas que trascienden su marco. Es consciente del poder de la «temida *doxa*», la opinión pública en todo el proceso en relación con el terrorismo. La victoria o la derrota no dejan de ser una mera cuestión de opinión.

Por eso, no puede haber paz sin haber acabado con ese relato, ni aun siquiera con todos los terroristas en la cárcel; el viento que el tiempo genera puede reactivar los rescoldos y traer de vuelta un nuevo conflicto, tal vez incluso peor. El relato es aún más importante que los terroristas que lo propiciaron, por eso no se pueden hacer concesiones en ese campo ni poner ideas o el propio pasado en almoneda, y menos aún en nombre de la paz.

Como Machado afirma: «una paz a todo trance tendría su más inequívoca reducción al absurdo ante este inevitable dilema: o cruzarnos de brazos ante la iniquidad, o guerrear

por la justicia [...] La paz como finalidad suprema no es menos absurda que la guerra por la fuerza misma».

En el siglo XXI, la victoria es una aproximación simplista al problema de los conflictos. La victoria es la aproximación militar mientras la paz es la aproximación política. La paz es un concepto vacío al que conviene dotar de significado para que realmente quiera decir alguna cosa. Adueñarse de la palabra paz, dictar su significado, es ganar la guerra al margen de quien haya obtenido la victoria. Por eso no se puede dejar impunes las narrativas. El vacío de la paz puede rellenarse con ellas en el presente o en el futuro.

Los medios, recordemos, condenan los fines. Y la imagen, una vez buscada, se convierte en testigo eterno del crimen y de su futilidad a la vez que sirve para dignificar a unas víctimas cosificadas que en el pasado al convertirse en espectáculo, un espectáculo que en su dimensión humana era banal y aburría; por eso no era noticia. La fotografía ahora, aunque sea en tonos sepia, no permite pasar página; hay algo inconcluso: se mantiene vivo su dolor y con ello el delito, mientras la causa de quien infringió el daño se resiente. La fotografía no se puede borrar y es un acusador y deslegitimador permanente.

La paz pertenece —como la guerra— a la política pero se asienta sobre la justicia, no sobre el perdón. El terrorismo no puede presentarse ni como libertad ni como humanismo sino como crimen con lo que el terrorista tampoco puede ser presentado como un soldado ya que ennoblecería su causa. El resultado es que no se puede restituir la dignidad al terrorista sin menoscabar simultáneamente a sus víctimas. Por eso, a la contra, dignificar a las víctimas, humanizarlas, sacarlas de la foto para traerlas al mundo real contribuye a socavar el discurso terrorista. Y eso no es instrumentarlas.

La muerte de los niños alumnos de una escuela de Beslán, por ejemplo, condenará a quienes la llevaron a cabo. Y ni todos los ríos del mundo podrán lavarles de esa sangre documentada que contamina su causa; es la sombra de Lady Macbeth.

Esta lucha debe hacerse en el marco democrático que nos resulta propio y de modo acorde a nuestros principios y valores. Los excesos hay que evitarlos a cualquier precio. Hay que saber perder para ganar al decir de San Pablo. Las víctimas no pueden ser instrumentadas sino puestas en valor. No deben servir sino ser servidas. Nunca más debieran ser símbolos de nada sino realidades que deben ser recuperadas para la sociedad como seres humanos plenos. Las esencias han de preservarse a cualquier

costo. Una sociedad es también una comunidad de emociones y no solo de razones, sus símbolos son o han de ser una llamada permanente y un factor de cohesión.

La principal lección que hemos sacado los españoles de tantos años de plomo es que la lucha contra el terrorismo debe llevarse a cabo de tal manera que nos haga sentir orgullosos de lo hecho treinta años después; si los principios y los valores no están para los tiempos de confusión, no están para ninguno, son vana retórica. Los terroristas, treinta años antes, se sirvieron de una violencia cuyo peaje aún hoy no son capaces de afrontar, y es una justa condena para su causa. Los éxitos rápidos de la violencia ya no son tales. Hoy los taxis recorren los lugares de Belfast en donde tuvieron lugar los crímenes más notorios. *Ubi sunt?*

Cuando 46 de los ronin entregaron sus vidas, ninguno de ellos compuso un poema especialmente notable (*haiku*, era preceptivo) ni tampoco, a juicio de los oficiales presentes, ejecutó un suicidio (*seppukku*) digno de especial mención. Tampoco hacía falta. Sus vidas dieron testimonio y compusieron una narración de la que todo un pueblo puede sentirse orgulloso más de 300 años después. Nuestras víctimas deben hacer sentirnos así. La muerte no es final ni tampoco lo más importante.

La palabra *giri* a la que aludíamos en el título del artículo, es un concepto japonés altamente simbólico que por las diferencias culturales no admite traducción directa; podría asimilarse a una «preocupación o deber moral» y está referida a la obligación de restitución, al reequilibrio de las relaciones, una mutualidad. Está íntimamente ligada al concepto de honor y también al de lealtad, virtudes básicas en un guerrero y asimilables a las virtudes castrenses. Los militares sabemos perdonar todo excepto la deslealtad, no porque no se quiera sino porque no se puede; sería algo así como restituir un brazo amputado haciendo que este conservara todas sus funciones, difícil.

El *giri* es la obligación moral de cumplir con el propio deber (*hombun*) pero lo desborda. La cuestión que se plantea es *giri* no es por su bilateralidad únicamente *hombun*. Cuando alguien hace algo en beneficio de otro o de la comunidad, se asume explícita o implícitamente la obligación de compensarle por ello, de reequilibrio, y esa obligación no queda liberada hasta entonces. De ahí la tradición militar de recordar a los caídos.

Esto es precisamente lo que sucede con las víctimas del terrorismo, restituir las es restituir la comunidad, sus equilibrios, devolverle su sentido y plenitud.

Si provocando víctimas se pretendió disolver esta, agrupándose en torno a ellas mientras se las toma como punto de referencia, en su centro, el grupo social se fortalece neutralizando de paso la acción terrorista. No hacerlo, por el contrario, es desleal e indefectiblemente genera una anomalía, un desequilibrio en el grupo que dota de razón a los terroristas y lo puede fracturar. El camino más largo es así el camino más corto. En la lucha contra el terrorismo, la clave no es la fortaleza de los terroristas, ni siquiera la fortaleza o debilidad del Estado, sino la fortaleza de la sociedad. Cumplir con esa obligación, con las víctimas, nos hace más fuertes y es *giri*.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE*